

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA LOS EDITORES Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

MEDICINA.

316. EL MÉDICO DE LAS FAMILIAS; periódico de higiene, medicina y farmacia domésticas y de veterinaria popular, puesto al alcance de todos por una sociedad de médicos (1).

Hemos leído los cuatro primeros cuadernos de este periódico (que se publica el día 10 y 25 de cada mes), destinado á vulgarizar los conocimientos de higiene y los de medicina, farmacia y veterinaria que conviene tengan todas las gentes ya para conservar la salud, ya para acudir con los primeros y mas urgentes auxilios mientras viene el facultativo, ya tambien para curar las enfermedades de los animales domésticos. Los cuatro números á que nos referimos, tratan de las viruelas, de los sabañones, de los usos del algodón en cirujía y medicina, del modo de reconocer la falsificación del vino con litargirio, del remedio contra la embriaguez, de la rabia en los animales domésticos, del remedio para la hidropesta, de las enfermedades reinantes, de la enfermedad reinante en el ganado lanar, del resfriado, sus variedades y modo de curarle, de la vacuna, de los cocimientos y su preparación, del chocolate y de los medios de reconocer su falsificación, de los dolores de cabeza, sus variedades y el modo de curarlos, del pan, fraudes que se cometen en su elaboración y medios de reconocerlos, de un caso notable de transfusion de sangre, de un caso de suicidio por hambre, del panadizo, de los casos en que es preciso recurrir á los socorros del arte, de los piojos y de si es bueno destruirlos, del moquillo en el perro, del frio de los pies y cómo se remedia, de los baños de pies. Ademas traen diferentes recetas útiles ó curiosas y varias noticias. Si los escritores de este papel continúan en adelante con la pru-

dencia y acierto con que han empezado, pueden hacer un gran beneficio á un sin número de personas, que por carecer de ciertas nociones ó estar imbuidas en añejas preocupaciones suelen cometer errores sumamente perjudiciales á su salud.

Creemos que los señores curas párrocos de los lugares á mas de hallar una lectura entretenida en *El médico de las familias* podrán sacar noticias útiles para sus feligreses ya respecto de la higiene y medicina domésticas, ya respecto de la cria, conservacion y curacion de los animales necesarios á la labranza, ya tambien para destruir ciertas preocupaciones peligrosas ó perjudiciales.

Dos cosas advertiremos á los médicos que escriben este periódico: la primera que no olviden su objeto primordial, que es escribir para el comun de las gentes, para la multitud de personas peregrinas en el arte de curar. Así evitarán siempre el uso de las voces técnicas, aun de aquellas que por haberse vulgarizado algun tanto les parezcan inteligibles para todos. Eso podrá suceder en Madrid y otras capitales de provincia y entre la gente culta; pero los habitantes de los lugares las desconocen completamente, y no hay mas remedio que hablarles en lenguaje vulgar y en terminos claros y entendidos de todo el mundo. La segunda cosa que tenemos que advertirles, es que pues han tomado el pensamiento de su periódico y aun muchas cosas del que se publica en Francia con el título de *Le médecin de la maison*, traten como este de varias enfermedades importantes ya de medicina, ya de cirujía, sin retraerse por las sugerencias ó tal vez intimidaciones de algunos compañeros de facultad. Al ofrecer al público un papel de la índole del suyo debieron conocer los compromisos que contraian para con sus lectores; y no deben arredrarse por nada para cumplir fielmente aquellos.

(1) Se suscribe en Madrid, librería de Bailly Bailliere y en las principales de las provincias al precio de 24 reales por un año y 44 por seis meses.

NOVELAS.

JOSEFINA DE COMERFORD ó EL FANATISMO, novela original, histórica y contemporánea, por A. de Letamendi, miembro de varias sociedades literarias y científicas de Europa y América, autor del *Tratado de jurisprudencia diplomático-consular* que sirve de texto y referencia en las legaciones y consulados de España en países extranjeros, y de otras obras de enseñanza, educación y recreo. También lo es de los famosos partes telegráficos que semanalmente por espacio de cuatro años aparecieron en las columnas de *El Clamor público* bajo el seudónimo de Felipe José Torroba, antiguo paje de escoba: dos tomos en 8.º marquilla.

El señor Letamendi, siguiendo su propósito de desacreditar en Fr. Antonio Marañón á todos los frailes y aun á todos los ministros de la religion católica y en Josefina á las personas cuidadosas de la observancia de los mandamientos de la iglesia, refiere en las páginas 23 y siguientes del tomo 2.º un lance en que aparecen sacrílegamente culpables el confesor y la confesada; y hay tal malignidad en la narracion, tantos y tan torpes equívocos y tantas chanzas obscenas, que parece haberse escrito para gente habituada al lenguaje licencioso de los cuarteles y lupanares. Mas todavía no quedaba satisfecho el autor, cuya propension á burlarse de lo mas santo se descubre con frecuencia en este libelo irreligioso; y en la p. 29 pone en boca del protestante Mr. Mimaud esta rechisla del sacramento de la penitencia:

«¡Uf! ¡Con que V. empecatada! exclamó con asombrosa expresion el padre de Corina: ¡V. pecadora, señorita! ¿quién lo habia de pensar? ¿Quién lo habia de decir? Pero esto no debe alligir á V., ni privarla de salir de casa, porque el nuevo confesor le dará á V. la absolucion de todos sus pecados hasta hoy dia de la fecha, y despues, *católicamente hablando*, se abre para V. un crédito nuevo para cometer nuevos pecados hasta que llegue el dia de otra confesion general. Con que así ánimo, señorita: pongase V. la mantilla y vengase con nosotros á celebrar el cumpleaños de Blanca de Gaville; que por un *pecadillo* mas ó menos el P. Marañón no ha de ser tan poco galan, ni tan severo, ni menos indulgente con su hija de confesion.»

En la p. 31 se lee:

«—Nuestra comun amiga, señor Guerrero (decia el padre de Corina), es extremadamente fanática y al mismo tiempo debil y voluptuosa.

«—Esta es obra de los jesuitas, Mr. de Mimaud (replicó Guerrero): ahora mas que nunca me convenzo de que la *voluptuosidad y la supersticion* son hermanas inseparables é hijas de la debilidad de que mas que otras adolece toda persona fanatizada por los *maestros* de la religion. Los fanáticos y supersticiosos son á la sociedad lo que los soldados cobardes á un ejército valiente: estos propagan el terror pánico en las filas donde militan, y aquellos atizan la discordia en el seno de las familias, vulneran la amistad, persiguen al sabio, proscriben al filósofo porque sus doctrinas cunden en Europa etc.»

En las p. 41 y 42 se refiere el discurso de un francmason en la logia de Barcelona, y en él leemos el siguiente pasaje:

«..... los filósofos han disputado vanamente acerca del egoismo ó del desinterés, que pone en juego á nuestras mas nobles acciones para obrar en sentido de nuestro propio bien, porque de todos modos resulta que en aquel gran principio reposa la base inmutable de la moral del hombre y que su amor propio y su interés personal bien entendidos le conducen á obrar con justicia, beneficencia y humildad y á ser sincero, candoroso é indulgente con sus semejantes.

»Aun las mismas virtudes negativas, que son aquellas que equilibran preciosamente las pasiones y apetitos del hombre con el fin de conservar su salud y su tranquilidad de ánimo, contribuyen al sacrificio del egoismo y estimulan al individuo que está dotado de ellas, á remediar los males ajenos y á contribuir al bien del género humano, si ha cultivado la sensibilidad de su corazon que los filósofos designan como el *principio moral* del hombre, es decir, *la luz interna, la verdad y Dios*, únicos agentes que mueven é iluminan el entendimiento y constituyen la virtud activa.»

En la p. 129 y sucesivas se vuelve á referir otro lance semejante al que dejamos ya apuntado mas atras (p. 23 y siguientes).

La despedida de Blanca y Guerrero que se cuenta menudamente desde la p. 151, es uno de aquellos pasajes ocasionados y peligrosos por el suceso en sí, las circunstancias que le acompañan, y el lenguaje tierno y apasionado de los dos amantes. Es muy extraño que el autor, tan suspicaz y malicioso para interpretar malignamente las entrevistas de Josefina con su confesor, pinte como la cosa mas sencilla é inocente la despedida de Blanca y Guerrero hecha de un modo misterioso en las altas horas de la noche, sin testigo alguno y sin conocimiento de los padres de aquella joven. Pero Blanca no era *fanática* y

Josefina sí. Aparte del peligro que ofrece la lectura de este pasaje verdaderamente voluptuoso, hallamos en la p. 151 las siguientes palabras falsas, erróneas é inductivas de error:

«Sí, Dios, ese mismo Dios á quien consulté antes de amarte tan apasionadamente como te amo hoy, repuso Blanca, me dice que su divino espíritu está en tí y en mí; que tu alma es la mía y la suya; y que amandote á ti le amo á él. Mira si es santo el amor que te tengo....»

«No nos permiten el caracter de este papel y el respeto debido á nuestros lectores seguir copiando este pasaje. Pero no podemos omitir los edificantes desahogos de Blanca y Guerrero luego que se separaron. Decía ella:

«Mi amor será eterno como la creencia divina del Criador. En su inmortalidad hallará mi alma su consuelo. El cuerpo mío es la urna frágil y deleznable en que se encierra la antorcha de mi felicidad. Si la urna se quiebra, la urna perecerá; pero mi dicha será eterna.... (p. 158).»

Y él por su parte se expresaba en estos términos erróneos y disparatados:

«Nadie nace, ni nadie muere, decía en una extraña exaltación, organizado para aspirar y respirar ese fluido que el vulgo llama vida: todos hemos venido al mundo dotados de sensualidad y de sensibilidad. El sensualismo es el privilegio natural de la materia organizada; la sensibilidad es la participación de la esencia con Dios; es el alma idéntica del Criador, es la vida eterna.... (ibid.).»

En la p. 517 y siguientes se cuenta un lance que no tenemos que calificar de falso y calumnioso, forjado únicamente para hacer odioso al trapense y á todos los ministros del sacramento de la penitencia. Es horrible el crimen que se atribuye á aquel religioso, y le agravan mas las circunstancias que se supone le acompañaron. Puede calcularse el grado de fé que merece un escritor, que al hablar del P. Marañón empieza á engañar á sus lectores desde las primeras palabras, es decir, desde que principia á hacer el retrato y á pintar el traje y porte de aquel religioso. Algunas personas veraces que le vieron en 1823 cuando estuvo en Madrid, nos aseguran que es enteramente falso cuanto dice de su persona y vestimenta el nada escrupuloso autor de este libelo.

Por no hacer mas prolija la análisis de tan abominable novela no nos hemos detenido á copiar los muchos pasajes ó expresiones en que el autor manifiesta sus sentimientos demagógicos é impíos ó se desata en injurias y dieterios contra el señor rey D. Fernando VII y su gobier-

no. Bastan las citas que dejamos acotadas para nuestro propósito, el cual no es otro que evidenciar el espíritu de error y la siniestra intención con que se ha escrito esta obra. Por lo tanto despues de leida detenidamente creemos poder sentar con fundamento lo que contiene lugares y proposiciones respectivamente falsas, calumniosas, erróneas, inductivas á error, denigrativas de la religion y moral católica, encomiásticas de las máximas y prácticas de los protestantes, las máximas é injuriosas á los ministros de Dios, perversivas de las nociones de la virtud y del vicio, de la bondad y de la malicia de las acciones, torpes, obscenas y escandalosas, mal sonantes y ofensivas de los oídos piadosos. En esta atención nos atrevemos á suplicar al señor vicario eclesiástico de Madrid que con el celo y diligencia que le son peculiares, se apresure á impedir corra mas en manos de la gente aficionada á este género de lectura la titulada novela *Josefina de Comerford*, que en realidad de verdad no es mas que un libelo infamatorio contra el catolicismo y los sacerdotes y religiosos fieles á los deberes de su sagrado ministerio. Tiempo es ya de que con mano fuerte se ataje el criminal y escandaloso abuso que algunos fautores del error y de la impiedad estan haciendo de las leyes mismas que rigen sobre la libertad de imprenta. Al tenor de estas nadie puede imprimir y publicar ningun libro en que se trate del dogma y de la moral, sin obtener antes licencia del ordinario. Salta á los ojos la razon por que el legislador lo dispuso asi. ¿Y qué hacen los que se han propuesto predicar impunemente la herejía, el ateismo, el materialismo ó las doctrinas mas contrarias á la sana moral evangélica? Imitando, como es costumbre, el execrable ejemplo de los escritores franceses de la escuela de Voltaire han apelado á la novela, y con los accidentes y formas de esta escriben sendos tratados en que se discuten cuestiones de moral y religion propalando á mansalva la ponzoña del error. Y agrava mas su malicia la circunstancia de que esas perversas doctrinas que correrian poco ó no correrian nada en manos de jóvenes y mujeres ignorantes en tales materias, si se trataran expreso en obras propias y destinadas á ese fin, se propagan con rapidez y producen seguro efecto cuando se interpolan en las páginas de una novela.

Repetimos nuestros ruegos al señor vicario, para que sin tardanza ni consideracion corte de raíz un mal que ya es grave y promete cundir mas y hacerse de imponderable trascendencia.

POESÍA DRAMÁTICA.

347. LA MOJIGATA, comedia en tres actos por D. Leandro Fernandez de Moratin: un cuaderno en octavo.

No hablaríamos de esta comedia que cuenta mas de cincuenta años de antigüedad, si no vieramos que hay cierto empeño al presente en ponerla de nuevo en escena como si se hubiese hecho de moda: la intencion y el fin con que se resucita la produccion ya anticuada de Moratin, los ignoramos, aunque sospechamos que no son nada rectos. Porque á la verdad si no hubiera una segunda intencion ó no se quisiera sacar partido de ciertos caracteres y de ciertos pasajes de *La mojigata* para ridiculizar instituciones y personas á quienes se ha declarado guerra á muerte; ¿cómo ninguna compañía cómica habia de pensar en poner en escena una comedia escrita para un tiempo en que tan diferentes ó mejor dicho tan contrarias eran las costumbres? ¿Dónde estan hoy los ejemplares de Clara, de D. Martin y de D. Luis? Moratin quiso sin duda pintar la pugna de la sociedad antigua, herida ya de muerte por la feroz revolucion francesa, y la nueva que en todas partes comenzaba á levantar la cabeza mas tímida ó mas resueltamente: D. Martin es el representante de la primera; D. Luis el de la segunda. Mas hoy cuando la sociedad se ha transformado merced á los esfuerzos de la desprecupacion y de la filosofia; cuando hasta los que mas blasonan de adictos al regimen y á las costumbres de nuestros mayores, temerian la risa y la fisa de sus contemporaneos si quisieran imitar la conducta de D. Martin; ¿qué efecto pueden causar este, ni su hija en los espectadores? Sí, todavia pueden causar alguno, el que parece se desea, á saber, hacer ridiculos á los padres que pudieran presumir resucitar los antiguos hábitos de abstraccion del mundo, de recogimiento y de piedad, pintar como hipócritas y gazmoñas á los jóvenes que desean huir del estrépito mundanal y acogerse al claustro, y como de paso dar unas cuantas pinceladas nada favorables por cierto á la vida monástica y á las pobres monjas.

Lease con imparcialidad *La mojigata*; estudiense las mañas de nuestros reformadores ó regeneradores segun la moderna filosofia; tenganse en cuenta los dicterios y sarcasmos en que han prorumpido ciertos papeles periódicos solo con traslucir que la vida monástica puede ser restaurada en España, á virtud del concordato; y de seguro se convendrá con nosotros en que no ha sido á humo de pajas el volver á poner en escena aquella comedia ya arrinconada.

Mas sea de esto lo que se quiera, á nadie que haya leído ó visto representar *La mojigata*, se le oculta que Moratin, si no se propuso formalmente hacer ridiculo el estado religioso, por lo menos manifestó que no era muy devoto de él: porque si solo hubiese querido censurar á los padres que fuerzan á sus hijas á tomar el velo por reprobadas miras, ó cuando menos son omisos y descuidados en examinar y probar la verdadera vocacion de aquellas, otro hubiera sido su plan, otro el modo de expresarse en ciertas escenas. Entonces habria evitado toda palabra, toda frase que pudiera excitar la risa contra las monjas en general, que no tienen ninguna culpa de los desaciertos ó negligencia de algunos padres: entonces no leeriamos en la escena primera del acto 3.º estos versos, en que el pillastre de Perico se burla del estado religioso en general ó cuando menos habla de él en términos livianos y nada respetuosos:

«Y dice bien que es locura:

Una niña delicada

Como vos.... ¡Eh! no, señor:

Las penitencias relajan

La salud siendo excesivas;

Y no es mala circunstancia

Para ser bueno estar bueno;

Ni pienso que Dios se enfada

Porque gastemos zapatos,

O chinelas, ó alpargatas.

Ademas que en siendo monja,

Negra, cenicienta ó blanca,

Calzada y todo, vereis

Qué trabajos se pasan.

¿Es cosa de chirinola

Vivir siempre emparedada?

¿La castidad? ¿La obediencia?

¿La pobreza voluntaria?

¿Y estar mayando en latin

De la noche á la mañana?

¡Ah! es una bagatela!»

Tampoco leeriamos entonces en *La mojigata* el siguiente trozo, compuesto expresamente para hacer burla y chacota de las monjas pintandolas como simples, nimamente crédulas y supersticiosas:

«D. Martin. Dí, vaya,

Dí el ejemplo, si te acuerdas.

Doña Clara. Pues dice que allá en Italia

En un convento de monjas

(Yo no sé si eran bernardas)

En un pasillo tenian

Una cruz de Caravaca,

Y una monja muy devota,

Luego que se levantaba,

Iba á hacer tres reverencias

A la cruz cada mañana.

Una vez dejó de hacerlas,
 Porque atravesó una gata
 Con un pedazo de congrio
 En la boca: ella irritada,
 Ya se ve, no se acordó
 De que allí la cruz estaba:
 Cogió un látigo y marchó,
 Las faldas arremangadas,
 Tras de la gata golosa,
 Y aquella misma semana
 Una leguita que había
 De vida muy arreglada,
 Oyó de noche una voz
 Que dijo cómo se hallaba
 En duda la salvacion
 De la madre sor fulana.
 Refiriósele á la otra,
 La cual viendo la amenaza
 Del cielo se arrepintió
 De su culpa y murió santa.

D. Martin. Pues ¿no te lo digo yo?

Es menester mucha maña,
 Porque si no el enemigo.....

Doña Clara. ¡Ay! ¡el enemigo!

D. Martin. Aguarda
 la ocasion y.....

Doña Clara. Dios nos libre.

D. Martin. En hallando descuidada

A la pobre religiosa,
 Como él está siempre en arma,
 La destruye..... ¡Y cuántas veces
 Viendo que su astucia es vana,
 No pudiendo mas, las pilla
 Del hábito, las arrastra
 Por la celda, las azota,
 Las muerde y luego las baja
 A la huerta y las zambulle
 De cabeza en una charca.
 Pues mil veces lo he leído
 En los libros; no, no es chanza.»

(Esc. 2.^a, acto 3.^o)

En la escena 4.^a del mismo acto *D. Luis*,
 tio de Clara, tiene una plática con esta para
 sonsacarla y ver si real y verdaderamente se
 halla con vocacion al estado religioso, y dice
 los siguientes versos, donde aunque con maño-
 sa y aparente imparcialidad muestra el poeta
 que no veia con buenos ojos la vida monástica:

«Sí, donde todo es peligro
 É ilusion y donde tantas
 Virtudes verás tambien,
 Virtudes las mas sagradas
 Que inspiró naturaleza;

LIBROS IMPIOS.

**348. MEMORIAS DE UN JOVEN JE-
 SUITA** ó la conjuracion jesuítica á descu-
 bierto por el abate Marcial Marcet de la Ro-
 che Arnaud, autor de Los jesuitas modernos;
 traducidas del francés: 2.^a edicion: dos to-
 mos en 8.^o marquilla.

Este es uno de tantos libelos vomitados

Virtudes que al contemplarlas
 Con atencion se ve en ellas
 La felicidad cifrada
 De los estados; *virtudes*
No estériles, no encerradas
En un sepulcro. ¡Qué orgullo
 Es el nuestro ó qué ignorancia!
 Unos selo ven error
 En el claustro, desgraciadas
 Víctimas, zelo imprudente,
 Seduccion, vana observancia,
 Ambicion, desobediencia
 Al príncipe: otros se apartan
 Del mundo para lograr
 El derecho que buscaban
 De abominar de los hombres.
 Nada es bueno si no alcanza
 Su aprobacion; solo en ellos
 La virtud se ve extractada etc.»

Parecenos pues en vista de lo dicho que
 la comedia *La mojigata* no se debia repre-
 sentar, porque sobre no poder alegarse que
 en ella se reprenden y censuran vicios ó cos-
 tumbres de la época actual (á lo que debe
 dirigirse la comedia) se advierte una ten-
 dencia muy marcada á hacer ridícula y des-
 preciable la vida del claustro, aunque se
 ostente á veces cierta imparcialidad afecta-
 da. Esa tendencia la muestran mas clara-
 mente algunos pasajes y expresiones como las
 que dejamos citadas. Sacolor de que son muy
 pocas las almas dotadas de las virtudes y del
 temple necesario para profesar la vida monás-
 tica, se quisiera aniquilar poco á poco esta
 por falta de individuos que la abrazaran, ya
 porque la viesan hecha el blanco de la befa-
 y del desprecio público, ya porque se arre-
 drasen con la pintura exagerada de lo pesada
 ó insoportable que es semejante carga. Ni
 mas ni menos hacen los jansenistas, que po-
 nen por obra un ardid igual para retraer á
 los fieles de la frecuencia de los sacramentos.

Juzgamos que Moratin no estuvo exento
 de malicia al escribir *La mojigata* y que los
 que la han sacado á relucir otra vez á la es-
 cena, se proponen un fin dañado y siniestro
 representandola. Asi tanto la lectura de es-
 ta comedia como la asistencia á su represen-
 tacion nos parece que desdicen de toda per-
 sona no inficionada del espíritu de la época.

por las furias del infierno contra la compañía
 de Jesus, cuyos enemigos, para que sus tiros
 sean mas certeros, suelen fingirse jesuitas que
 han abandonado á sus antiguos hermanos lue-
 go que los conocieron. Asi hace el supuesto
 ó verdadero abate Marcet, quien pretende
 haber sorprendido todos ó los mas principales

secretos de la compañía, y en consecuencia se cree autorizado para forjar un tejido de calumnias y diatribas atroces. De su libelo resulta que los jesuitas son ignorantes y patrocinadores de la ignorancia y la superstición, unos malvados poseídos de todos los vicios y destituidos de toda virtud, aunque fijan las apariencias de algunas, dados á la intemperancia y glotonería hasta en el tiempo santo de penitencia, á la disolución y á la pederastia, envenenadores, asesinos, fautores de discordias, de revoluciones y de guerras, prontos á cometer cualquier crimen por execrable que sea, con tal de llevar adelante sus proyectos de dominación universal, seductores y corruptores de la juventud cuya educación les es encomendada, despreciadores de la religión que no profesan mas que hipócritamente y de boca, y del culto que no practican, ni aun muestran en sus aposentos señal ó emblema alguno de él; en fin no hay linaje de perversidad y de crimen que no se les impute. Llega á tal extremo la impudencia del libelista para calumniar, que se atreve á suponer que los jesuitas de Paris en la época llamada de la restauración vivían juntos con las monjas de la Visitación en conventos contiguos y comunicados por dentro, de donde pasaban los padres á las celdas de las religiosas y viceversa. ¿Puede nadie creer semejante mentira? Aunque los jesuitas y las monjas se hubiesen olvidado hasta ese punto de los cánones de la iglesia, de sus propias reglas y de todo sentimiento de decencia y edificación; ¿puede creerse que ningún prelado católico consintiera tamaño escándalo? Pero ¿qué tiene de extraño esta invención del abate calumniador, cuando su ciego odio hace á los padres de la compañía culpables de un crimen que ni aun los clérigos apóstatas en tiempo de la revolución francesa cometieron en medio de su impío frenesí? Hablamos de la revelación del sigilo de la confesión. Vease en qué términos inicuos culpa á los jesuitas de tan atroz maldad:

«Yo creí mucho tiempo que era inviolable el secreto de la confesión y que no era factible que lo revelase un sacerdote. ¡Qué simple que era yo! Cuando vine á vivir entre los jesuitas, pronto me he desengañado de esto. Yo descubría sin disimulo al director mi conciencia confiandome en el secreto y en el sagrado derecho que sobre esto nos da la religión. Pero ¡cuánta fue mi sorpresa, cuando ví que muchos jesuitas sabían lo que Dios solo, yo y mi confesor podíamos saber!

»Nada hay que iguale la injusticia con que los misioneros se hacen culpables en este particular. Ellos amenazan denunciar al cristiano

que posee algun bien, de haber cometido un crimen de que ellos tienen conocimiento por la confesión, y con el temor que le ponen, les arrancan sumas considerables á culpables que la justicia no ha perseguido, y á las casadas infieles cuyas faltas aun estan ocultas. ¡Qué tiranía! ¡Qué abominable inquisición! (Tom. 1.º pág. 129).»

El libelista no asesta sus tiros á los jesuitas solamente, sino á varios monarcas católicos, á algunos pontífices, á ciertos príncipes y prelados de la iglesia y á muchos personajes distinguidos y eminentes, solo porque eran ó se suponía que fuesen adictos á la compañía de Jesus: contra ellos emplea unas veces el arma de la calumnia, otras la del dicerio, no pocas las dos juntamente

Ademas esta obra tiene otro caracter muy grave de malicia y perversidad por diversos conceptos, segun vamos á manifestar.

Lo primero que llama nuestra atención es la sospecha vehementísima de que el libelista no sea cristiano ó profese una cristiandad original suya, á juzgar por el siguiente pasaje:

«En la época en que los pobres galileos meditaban apoderarse sin fracaso del imperio de los Césares, quiero imaginarme ver á un ciudadano de Roma entrar en el senado á denunciar tristemente una nueva secta, descubriendo con espanto el designio extraño de cambiar todo en Roma y establecer una dominación de nuevo género predicando una nueva revolución. Figúrome que este ciudadano no pudo ciertamente menos con tal anuncio que hacer soltar á todos la carcajada. Los grandes, los políticos y los filósofos desdeñarían las predicciones de un hombre, cuya simplicidad y buen sentido no eran de moda, y los demás ciudadanos seguirían el ejemplo de aquellos. ¿Cómo verdaderamente era de creer que los romanos, los fieros conquistadores del universo debían ser luego los siervos de algunos monjes? Sería tan increíble como si se predijese á los elegantes petimetres de Paris que luego las riberas del Sena ofrecerían los mismos espectáculos que las orillas del Nilo y del Eurótas. Nosotros alabamos nuestras instituciones; tambien los griegos y los romanos alababan las suyas, y acaso tenían mas motivo de alabarlas que nosotros. Es ciertamente una cosa que nos debe pasmar y da que pensar á los pueblos que hacen cierto ruido en el mundo, ver que los descendientes de los Brutos, Fabricios, Escipiones, Catones y Césares se hayan vuelto escolásticos ó controversistas de profesión, disputando entre ellos los beneficios, obispados y cátedras de teología con mas ardor que sus ancianos ó los antiguos romanos se disputaban las coronas triunfales, el tribunado y aquellas honras pomposas dignas de un pueblo libre y conquistador.

»Si cuando han penetrado en las Galias los

discípulos de Jesus para convertir la poblacion al cristianismo, un galo mas pródigo y prevenido que los otros hubiera gritado: Guardaos de dar oído á esos nuevos doctores; sois perdidos si olvidais las máximas de vuestros ancianos y si desertais de los altares de los dioses de vuestro pais; la servidumbre será vuestro patrimonio y todos esos apóstoles se convertirán en soberanos vuestros; pareceme que tratarian como si fuese un loco á ese hombre y que sospecharian que odiaba á los cristianos que entonces se despreciaban. Pero lo cierto es que estos hombres despreciados y desdeñados se extienden por toda la Francia, y no obstante la bárbara fiereza de los galos que Ciceron miraba como los mas grandes impíos del mundo, se hacen los dueños de todas las ciudades. Sus obispos se erigen en pequeños monarcas, y las tres partes de esta Galia tan fecunda en guerreros se hallan ser luego dominio de algunos monjes y beneficios de algunos abates (t. 1.º, p. 138, 39 y 40).»

Pues á fé que no contribuye á dar mejor idea del cristianismo de nuestro buen abate lo que dice sobre las misiones cristianas en la p. 136 del tomo 2.º:

«..... Pero en el nombre de Dios ¿qué civilizacion es la que llevan á aquellos salvajes (los iroqueses y los hurones)? ¿No seria mejor dejarlos eternamente en su barbarie que comunicarles nuestras funestas máximas y bárbaros sistemas? ¡Extraña beneficencia de la supersticion, que arranca á los pueblos una dulce independencia y la dicha de la frugalidad para inocularles la sed mortal del oro, de la ambicion, de la demasía y el fanatismo peor que todo, pues basta él solo para asolar al mundo!»

En la p. 52 del tomo 1.º leemos:

«Si puede haber ó no profecías es una cuestion que se agita en las escuelas. Para el hombre sensato no hay una.»

Es falso que en las escuelas se cuestione sobre un hecho cierto y constante como es la existencia de las profecías, comprobado por los sagrados libros y por los mas autorizados monumentos de la tradicion y de la historia eclesiástica.

En la p. 100 se sienta la falsa proposicion de que *el celibato es imposible al hombre*.

En la p. 161 se dice lo siguiente:

«Distinguiremos siempre la religion de Jesucristo que es la del estado, de la religion de los monjes que degrada al hombre y á la divinidad. La primera es sencilla y sincera como su autor y no toca á los bienes de este mundo; la segunda es obra de la avaricia y de la supersticion y no puede ser buena sino para esclavos. Una religion que aspira y quiere riquezas y bienes de la tierra, será siempre funesta á los hombres: acotamos en prueba de esto con la España que tenia tesoros inmensos; pe-

ro los monjes que devoran todo, devoraron una gran parte. Poco tiempo há que el rey de aquel pais saqueado por los demonios del fanatismo no tenia dinero para hacer un viaje de treinta leguas. Esta es la suerte de los estados en que los monjes tienen la libertad de apoderarse de los bienes en nombre del cielo, que les prescribe de ser pobres.»

Tratando en las p. 175 y 76 de la educacion que dan á los jóvenes los institutos religiosos en general y los jesuitas en particular, dice:

«Mil veces se ha dicho que era imaginaria la educacion de Rousseau.

»Yo no comprendo lo que esto quiera decir: todo lo que sé es que hay pocas gentes que sepan leer lo que este *gran hombre* escribió, y que su educacion debe ser en efecto bien quimérica para nosotros, que no sabemos degradarnos al punto de volver á nuestra primera naturaleza y que hacemos esfuerzos todos los dias para alejarnos de él mas y mas y nos avergonzariamos de ser otra cosa sino hombres depravados.

»La educacion que es una opinion quimérica, es únicamente aquella que tiene por base la mística y los principios de la intolerancia y que por un trastorno del espíritu humano está adoptada y puesta en práctica por las gentes del mundo que temen mas las quimeras.

»Há mucho tiempo que se debia saber que los monjes no son á propósito para educar la infancia. Ellos pudieron haberlo hecho en los tiempos pasados; no diré bien ó mal, pues como no es facil de saber el cómo, no me embarazaré de esto. Juzgando por lo que conozco, si fuera príncipe ó legislador, yo los echaria de mis estados y de ello me haria un mérito, y haciendolo no haria mas que cumplir la mas necesaria de mis obligaciones.

»O los monjes no son adictos á su creencia, ó lo son: en el primer caso seria preciso sin pérdida de tiempo al momento proscribirlos á no separarse y dar un á Dios á los principios mas sencillos, á los mas sagrados derechos y á las costumbres. En el segundo caso ó si son devotos, yo príncipe no querria reinar sobre imbéciles, supersticiosos é hipócritas, y asi los desterraria bien pronto, porque no pueden ser otra cosa los educados por ellos.»

Es muy edificante el trozo siguiente, que acabará de dar la medida de los sentimientos cristianos del libelista:

«En el estado presente de cosas un culto es tan necesario como las leyes, pues es de necesidad en un pueblo mucho tiempo alimentado de supersticiones y cuyas costumbres no son mas que una fantasma. Todo pueblo es naturalmente crédulo y necesita una religion y esta sacerdotes.

»Pero los pueblos todos que han tenido costumbres, tuvieron pocos sacerdotes, pues mucho número no es compatible con las buenas instituciones. Cuando el sacerdocio se ha

vuelto un oficio, ya no es bueno para nada. No es el pueblo mas religioso aquel que construye á grandes expensas magníficos templos y alimenta mayor número de monjes ociosos; y si no ved los pueblos bien gobernados, y hallareis que hay pocos sacerdotes y que el estado y el culto se hallan asi muy bien. Las primeras repúblicas y los antiguos gobiernos, que sin disputa valian tanto á lo menos como los nuestros, tenian un solo sacerdote, y la religion era mas respetada y mas imponente. Con el tiempo estos países fueron presa de los abusos devoradores, y el culto ha servido de pretexto á la avaricia humana, á la ambicion enmascarada y á la culpable corrupcion. Aquel pueblo es mas religioso que tiene mejores costumbres. Nadie podrá contradecir este principio, y es una manfa bien extraña la de aquellos que quieren en nuestros dias hacer diferencia entre la moral profana y la religiosa, pues no hay mas que una moral. El excesivo número de clérigos trae consigo la depravacion de las costumbres: ¿quién osará desmentirme sobre esto? En todas las épocas infelices de las naciones se nota siempre la intervencion de clérigos unidos colegialmente, pues no sucedió catástrofe alguna en que no se halle mezclada esta innumerable raza de ministros divinos. ¿Quereis levantar un imperio que bambalea? Echad los clérigos superfluos, simplificad el culto, suprimid los dogmas oscuros, reducid la moral á su mas simple expresion; quiero decir que no añadais ninguna de vuestras virtudes quiméricas no quitando nada de lo que prescribe, y entonces asegurareis el órden que no podeis restablecer con vuestras ordenanzas: la autoridad de las leyes no ganará menos que las costumbres y se disminuirán los crímenes. La intolerancia sanguinaria, origen de tantos crímenes, no agitará los espíritus: cesarán el fanatismo, la exaltacion, los partidos, las querellas sobre doctrinas, todas cosas nacidas de bárbaros dogmas y de principios mal entendidos, y entonces moverá los corazones el dulce entusiasmo de la verdad, que conduce las gentes al orden y las dispone para la virtud (p. 22, 23, 24 y 25).»

El despreocupado abate pregunta en la p. 35 qué es la religion del estado, y añade:

«..... ¿Es la religion del Evangelio? Pero el Evangelio no habla de rosarios, de agua bendita, de inquisicion, ni de mística, ni se halla en él nada de lo que los monjes quieren absolutamente que yo abrace so pena de ser quemado á fuego lento. Por ejemplo Jesus, que es el legislador de la religion del estado, prescribe una obediencia absoluta á las leyes y á los príncipes: la teología monacal permite la rebeldía al que crea tener razon en contra. Esto es bien sencillo; casi todos los teólogos son jesuitas, y si no lo son, hacen su oficio.»

En la p. 164 llama *invenciones espanto-*

sas del fanatismo al deber que tiene todo cristiano de pensar siempre en la muerte, en el juicio universal y en el infierno.

De un S. Francisco Javier, cuyas gigantes cas empresas bastarian á inmortalizarle como heroe de la caridad cristiana, aunque la iglesia no le hubiera expuesto en los altares á la veneracion de los fieles, dice que sedujo á los indios. Pero no nos admiremos de que se explique asi quien tiene la sandia osadía de decir que está por resolver esta cuestion: ¿qué bien han producido en el nuevo mundo las misiones y los misioneros desde que los españoles descubrieron y conquistaron las Américas? Aquí y en el pasaje de la página 136, t. 3.º, que dejamos copiado, se manifiesta bien el amor entrañable del autor á los salvajes: ¡ojalá él y otros escritores de su calaña, pues tan prendados estan de aquella vida libre, independiente y apacible, se fueran á habitar entre iroqueses, canibales y hotentotes y nos librarán de la peste de sus doctrinas y sus libros!

La obra de la propagacion de la fé, tan fecunda en gloriosos triunfos para la religion cristiana y para la verdadera civilizacion, y aprobada por la santa sede la pinta el abate amigo de los salvajes con los mas negros colores, y á los misioneros que van á llevar el estandarte de la cruz entre las tribus mas bárbaras y fieras, los retrata como intolerantes frenéticos, envidiosos, avaros y ambiciosos. ¡Quisiera Dios que la ambicion y codicia de nuestros reformadores y de la generacion educada y formada por ellos escogieran para satisfacer sus deseos el mismo camino que los generosos pregoneros del Evangelio!

No nos hemos detenido á contestar las imposturas y calumnias de este asqueroso libelo, porque las mas estan ya rebatidas en cien ocasiones, y nosotros lo hemos hecho mas de una vez en *La Censura*, y las otras de puro groseras y ridículas no habrá hombre sensato que las crea. Sirva de ejemplo lo que se dice de que el rey Fernando VII iba algunas veces á servir á la mesa á los jesuitas de esta corte, y de la farsa trágico-cómica que se supone representada el viernes santo, en cuyo dia inventa el libelista que se reunian los padres de la compañía en una capilla á llenar de anatemas y maldiciones á Clemente XIV y dar de puñaladas á su estatua.

Por cuántos títulos sea reprobado y digno de proscripcion este libelo, tejido de injurias, de calumnias y de impiedades, lo prueban suficientemente los pasajes que de él quedan citados.